

PAULO FREIRE: ENTRE LA ÉTICA Y LA PALABRA HOMENAJE POR LOS DIEZ AÑOS DE SU FALLECIMIENTO

Silvana Vignale
Universidad Nacional de Cuyo (Argentina)
silvanavignale@hotmail.com

Paulo Freire nació en 1921, en Pernambuco, Brasil. Estudió *Derecho* en la Universidad de Recife. También estudió filosofía y psicología del lenguaje. Dejó el derecho y se dedicó por completo a la educación popular. Criticó las formas tradicionales de educación, convirtiéndose en uno de los principales motores de la revolución educativa en Brasil. Elaboró un innovador método de alfabetización, construido sobre el diálogo, que fue implementado en 1964, durante el gobierno de Joao Goulard de Brasil, en la Campaña Nacional de Alfabetización.

Enseñó en distintas instituciones educativas y fue nombrado "Honoris Causa" en una veintena de universidades de todo el mundo. En 1986 recibió el premio "Paz y Educación" de la UNESCO.

Para perfilar a nuestro autor, haremos mención de su producción intelectual en tres momentos.

El primero en los años 50 y primera mitad de los 60, durante las campañas alfabetizadoras de Brasil. El segundo, en su exilio tras el golpe de Estado al gobierno de Goulard (en 1964), hasta fines de la década del 80. El tercer período cuando junto al Partido de los Trabajadores, tiene nuevamente la posibilidad de conducir un proyecto político-pedagógico desde la esfera del poder público (fue Secretario de Educación desde 1989-1991 en Sao Paulo). Esta etapa se presenta como un momento de síntesis, donde sin abandonar las tesis desarrolladas en los 60, Freire recupera y redefine categorías de sus trabajos iniciales.

En su primera etapa, Freire junto a otros intelectuales brasileños fueron participantes del *Instituto Superior de Estudios Brasileños*, en el cual se respiraba la atmósfera de la filosofía existencialista de Sarte, Heidegger, Jaspers, Ortega; y la antropología alemana de los años 30 (Spengler, Alfred Weber, Max Scheller). Participó también de la Juventud Universitaria Católica. En sus primeros trabajos la tarea más urgente es la democratización de la sociedad brasileña, y su preocupación está fundada en la integración y participación de las clases populares, a través de la concienciación y el diálogo. Podemos mencionar su primer libro, *Educación como práctica de la libertad*, como el más representativo de este período.

En el período del exilio, Freire vive y trabaja en Chile, en el *Instituto de Capacitación e Investigación para la Reforma Agraria*. En este tiempo su pensamiento se hace conocido y publica su obra más conocida, *La pedagogía del oprimido*. En esta y otras obras de esta etapa se destacan categorías como las de teoría-praxis, opresión-liberación, de inspiración hegeliana, centrando el análisis en las estructuras socio-económicas capitalistas y en el proceso de concientización en el marco de la lucha de clases.

En su última etapa, Freire recupera categorías tales como "democracia", "ciudadanía" y "participación", en un nuevo contexto social, económico, político e ideológico (como la globalización, las nuevas tecnologías, la caída del socialismo real y el posmodernismo). En su discurso de esta etapa puede verse una fuerte presencia de lo corporal y vivencial.

Si nos preguntamos acerca de cuál ha sido la temática siempre presente en las preocupaciones de Freire como educador, podemos mencionar la inconclusión del ser humano, en su inserción en un permanente movimiento de búsqueda, la curiosidad ingenua y la crítica, que se vuelve epistemológica.

El punto de vista, desde donde ha formulado su crítica al neoliberalismo, ha sido siempre el de los excluidos. Por esto, en *La pedagogía del oprimido*, se presenta una educación como práctica de la libertad (en la cual no hay una pedagogía *para* el oprimido, sino *con él, de él*). Si bien podemos ver que las categorías usadas por Freire fueron reformuladas por él mismo, no deja de ser actual su pensamiento en torno a esta obra, para pensar en nuestras sociedades gobernadas por intereses de grupos, clases y naciones dominantes. Del mismo modo que su contribución metodológica respecto del diálogo, y su reflexión ético-política en torno a la relación educador-educando, profesor-alumno, nos interpelan a seguir pensando en una educación latinoamericana.

El sentido de su método de alfabetización no es meramente que un hombre aprenda a leer y a escribir, sino el aprender a escribir su vida, como testigo de su historia, biografiarse, existenciarse, historizarse. Alfabetizar es concienciar. Aprender a decir la propia palabra, a no quedar subsumido en el monopolio de la palabra con que se mistifica, masifica y domina, a no repetir la palabra impuesta.

Es en este punto donde podemos decir que la pedagogía freireana se vuelve una antropología. Y la palabra asume una relevancia fundamental, con sus dos dimensiones, la acción y la reflexión, que constituyen la praxis. La palabra es creadora, no se trata de un término que señala un pensamiento que discurre separado de la existencia, sino de una palabra viva, dinámica; de ahí que decir la palabra verdadera es transformar el mundo. Los hombres *son* en la palabra. Existir, humanamente es "*pronunciar*" el

mundo, es transformarlo.

Pero no puede existir una pronunciación solitaria, por eso el diálogo es, para Freire, el encuentro de los hombres que *pronuncian* el mundo. El diálogo auténtico –como reconocimiento del otro y reconocimiento de sí en el otro- es decisión y compromiso de colaborar en la construcción del mundo común.

Podemos decir que la categoría central que puede seguirse en la obra de Freire es la categoría de liberación, vinculada a conceptos como los de historicidad, poder y sujeto. Freire habla de la liberación humana como un acto presente y permanente, no como una cualidad humana. Esta idea se separa de la comprensión de la historia como progreso o desenvolvimiento necesario, como una anticipación mecánica del futuro. La libertad y la historicidad se tejen y forman un proyecto ético-político-pedagógico, vinculando discursos y acciones e inaugurando así un nuevo futuro. La historia es, entonces, posibilidad y no determinación. Se trata de la comprensión de la singularidad de lo que viene, de la apertura a lo inédito.

Las categorías de los años 70 de opresión-liberación, están enmarcadas en una concepción del poder marxista y psicoanalítica, en las cuales el poder se ejerce de arriba hacia abajo, y en contra de una subjetividad que lucha por su libertad. En su última etapa, la concepción del poder es entendida bajo la forma foucaultea de opresión-represión. La importancia está en cómo el poder produce el saber, según una determinada forma de economía-política de la verdad. El sujeto aquí deja de ser el lugar de la conciencia donde la sociedad ejerce su presión, y se yergue como una construcción a partir de una historia, de un saber.

Pero no podemos para Freire asumirnos como sujetos históricos, transformadores, sujetos de la búsqueda, de la decisión, de la ruptura, de la opción, a no ser que nos asumamos como sujetos éticos.

El hombre es una *presencia* en el mundo, con el mundo y con los otros. *Presencia* que se piensa a sí misma, que se sabe presencia, que interviene, que transforma, pero también que compara, evalúa, valora, que decide, que rompe. En estos dominios es donde se instaura la necesidad de una ética como responsabilidad.

Freire denuncia, hacia 1996, en las primeras palabras de su *Pedagogía de la autonomía*, a la ideología fatalista e inmovilizadora del discurso liberal, que insiste en que nada podemos hacer contra la realidad social que, de histórica y cultural, pasa a “casi natural”. No se trata de una posición utópica, sino de no perder de vista la problematicidad del futuro, el futuro no está dado. Hay para Freire desde el punto de vista de la ideología liberal, una única salida para la práctica educativa: adaptar al educando a esta realidad que no puede ser alterada. Lo que se necesita, por eso mismo, es el adiestramiento técnico indispensable para la adaptación del educando, para su sobrevivencia. Por esto en el ejercicio de nuestra tarea docente tenemos ante todo, una responsabilidad ética.

¿Qué ética es esta que Freire nos presenta como urgente? Para terminar, y en sus palabras:

“La ética de que hablo no es una ética menor, restrictiva, del mercado, que se inclina obediente a los intereses del lucro. En el nivel internacional comienza a aparecer una tendencia a aceptar los reflejos cruciales del “nuevo orden mundial” como naturales e inevitables. (...) No hablo, obviamente, de esta ética. Hablo, por el contrario, de la ética universal del ser humano. De la ética que condena el cinismo del discurso arriba citado que condena la explotación de la fuerza de trabajo del ser humano, que condena acusar para oír decir, afirmar que alguien dijo A sabiendo que dijo B, falsear la verdad, engañar al incauto, golpear al débil y al indefenso, sepultar el sueño y la utopía, prometer sabiendo que no se cumplirá la promesa, testimoniar mentirosamente, hablar mal de los otros por el gusto de hablar mal. La ética de que hablo es la que se sabe traicionada y negada en los comportamientos groseramente inmorales como la perversión hipócrita de la pureza en puritanismo. La ética de que hablo es la que se sabe afrontada por la manifestación discriminatoria de raza, género, clase. Es por esa ética inseparable de la práctica educativa, no importa si trabajamos con niños, jóvenes o adultos, por la que debemos luchar. Y la mejor manera de luchar por ella es vivirla en nuestra práctica, testimoniarla con energía, a los educandos en nuestras relaciones con ellos” (Freire: 1996, 17-18).